

STAR WARS
THE HIGH REPUBLIC



CARRERA A TORRE CRASHPOINT

DANIEL JOSÉ OLDER

Mucho antes de las Guerras Clon o de la Primera Orden, los Jedi iluminaban el camino para la galaxia en una época dorada conocida como la Alta República.

La Feria de la República se acerca y visitantes de todos los rincones de la galaxia van a viajar hasta el planeta Valo para el festival. Mientras sus compatriotas se preparan para el evento, el Padawan Ram Jomaram está escondido en su lugar favorito: un garaje oscuro lleno de chatarra y de herramientas. De repente, una alarma salta en el Pico Crashpoint, y Ram Jomaram y su fiel droide V-18 deciden ir a investigar. Una vez allí, descubren que la torre de comunicaciones de Valo ha sido deshabilitada, algo que solo puede significar que la Feria de la República está en peligro. Mientras Ram intenta avisar a los Jedi, los nihil efectúan un ataque sorpresa. Deberá enfrentarse al enemigo y conseguir enviar la señal de socorro desde Torre Crashpoint. Por suerte, está a punto de recibir ayuda de unos nuevos amigos inesperados...

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana

La galaxia está en paz, gobernada por la gloriosa REPÚBLICA y protegida por los nobles y sabios CABALLEROS JEDI.

Para celebrar la buenaventura, la República está a punto de presentar el FARO STARLIGHT en uno de los puntos más alejados del Borde Exterior. Esta estación funcionará como un rayo de esperanza que todos podrán ver.

Pero, mientras un magnífico renacimiento llega a lo largo y ancho de la República, también lo hace un peligroso nuevo adversario. Los guardianes de la paz y la justicia deberán enfrentarse a algo que los amenaza tanto a ellos y a la galaxia como a la mismísima Fuerza...

Primera parte

Capítulo Uno

Sentado con las piernas cruzadas en el asiento de un viejo caza estelar, Ram Jomaram cerró los ojos, intentando aislarse del estrépito y la conmoción que asolaba el exterior. Había mucho de lo que evadirse: dignatarios y visitantes de toda la galaxia conocida convergían en el paisaje de pintorescas montañas y bosques de Valo para la primera Feria de la República en siglos. La mayoría de los habitantes de la ciudad de Lonisa estaban dando los últimos retoques a las pancartas, preparando deliciosos manjares y disponiendo las estancias para los visitantes. Dentro de poco, se reunirían en el casi finalizado templo Jedi para recibir a la canciller.

La ciudad de Lonisa, donde había crecido Ram, era un sitio pequeño. Todos se conocían y se preocupaban por los demás; parecía estar a años luz de la monotonía y el ruido del resto de la galaxia. Sin embargo, durante las últimas semanas, Ram había notado la marea creciente de toda aquella atención repentina, el bullicio y el alboroto parecían cada vez más fuertes a medida que los muchos ojos de la República se centraban en Valo. ¡Habían hecho tantos preparativos para aquel acontecimiento gigante y todavía quedaba mucho por hacer!

Pero nada de eso tenía relevancia. Lo único importante era ese preciso momento. Ram le había comentado de pasada al maestro Kunpar que una de las motos *speeder* del equipo de seguridad estaba fuera de servicio por una junta defectuosa, y todos los mecánicos de la estación estaban ocupados con la iluminación del evento, así que... El maestro Kunpar había gruñido y hecho aspavientos con los tentáculos antes de ceder, pero había cedido, y por

eso Ram estaba en su lugar favorito del planeta: un sucio y oscuro garaje lleno de herramientas y piezas mecánicas oxidadas.

El equipo de bonbraks corría de un lado para otro por las plataformas que había a su alrededor, charlando entre ellos y ocupados con proyectos menores, pero el padawan Ram Jomaram estaba en el estado más calmado que conocía: él solo en el garaje, un pequeño cobertizo en la gruta trasera de los dormitorios de los Jedi.

No había complicadas reglas ni protocolos que seguir, y tampoco viejos maestros a los que dirigirse con la debida deferencia. Solo metal y tornillos, plásticos y unas bolas peludas de grandes orejas y largas colas que sí que eran algo ruidosas, aunque iban a lo suyo.

Ram se recordó a sí mismo que era uno con la Fuerza, y la Fuerza estaba con él. Ahí, en aquel pacífico y grasiento escondite, podía abandonarse completamente a la tranquilidad y al poder. A su alrededor, se desplegaba una constelación de piezas de *speeder* levitando en el aire. Había un asiento de cuero y una carcasa de metal sobre el eje principal; de momento, podía olvidarse de ellos. Ahí estaba el motor, con su rejilla, sus correas y sus tubos; la caja de fusibles, que encajaría junto al ventilador y se conectaría al resto del sistema, y la bujía de los elevadores de repulsión, todavía reluciente por los restos de aceite que se le habían escapado durante una patrulla rutinaria.

«Debes ver el todo por el todo –le había dicho el maestro Kunpar a Ram tantas veces– y cada parte por la función que desempeña, no la que tú quieres que haga, ni la que temes que haga. Solo la que es».

Él hacía que pareciera tan fácil. Probablemente se refiriera a técnicas de meditación y maniobras de combate la mayoría de las veces que lo decía. Hablaba de las cosas propias de los Jedi. Pero para Ram, la mecánica era meditación. Además, la Fuerza estaba por todas partes, ¿no? Se

imaginó que su maestro se alegraría de que él encontrara aplicaciones prácticas para toda aquella sabiduría. ¡Ojalá!

Ram podía oír el suave zumbido de cada pieza, revelado por pequeñas vibraciones en el aire que flotaban en un círculo pausado a su alrededor. Captó un sonido lejano en una frecuencia distinta al resto, procedente del interior del tapacubos. ¡Ahí! Eso significaba que algo no marchaba bien.

Él conocía el aspecto, el tacto y el sonido que debían tener todas las piezas. Leía atentamente las especificaciones técnicas y había montado y desmontado cualquier cosa mecánica al alcance de la mano desde que era un iniciado, así que sabía cuándo una vibración de un componente no hacía el zumbido correcto. La pieza se había deformado, probablemente debido al exceso de calor, pero, ¿cómo? «No la que tú quieres que haga, ni la que temes que haga»... Alguna otra cosa iba mal.

Él sabía que la mayoría de los Jedi no utilizaban la Fuerza de aquella forma, pero, ¿qué gracia tenía tener capacidades guays si no las usabas para investigar el funcionamiento interno de piezas mecánicas viejas y estropeadas? Así es como lo veía Ram. Le encantaban los engranajes, los alambres y los secretos que parecían esconder. Y le gustaba notar la Fuerza fluir a través de él, conectándolo con el universo. Combinar las dos cosas era lo mejor del mundo.

Ram continuó la evaluación mientras repasaba mentalmente la condición de los pedales aceleradores, el mecanismo de dirección, los paneles de control y el tubo de escape. Entonces, captó algo muy leve y tuvo la certeza de que algo estaba fuera de lugar, cuando...

–¡ENHORABUENA, AMO RAM! –dijo la voz metálica de V-18 desde la puerta.

–Debo ver el todo por el todo –susurró Ram, con los ojos todavía cerrados–. Y cada parte por la función que desempeña.

Las piezas del *speeder* dejaron de girar y empezaron a caer al suelo.

–*JomaramaRam do chunda mota mota-ta* –vociferó un bonbrak irritado.

Probablemente se tratara de Tip, el más joven y hosco de la cuadrilla. Los demás lo secundaron en voz alta.

–Bueno, no hay necesidad de ser antipáticos –dijo V-18.

Las piezas del *speeder* descendieron un poco en el aire.

–No la que yo quiero que haga o la que temo que haga –musitó Ram–. Solo la que es.

–*¡Bacha no bacha kribkrib patrak!*

–*¡Patrak!*

–*¡JomaramaRam!*

–Solo he saludado –insistió V-18–. Resulta que estoy tan emocionado por ver al joven padawan como azuzado por la urgencia, por lo que he modulado mi voz para que tenga una frecuencia mayor y más volumen, para tu infor...

Entonces, uno de los bonbraks soltó un berrido (casi seguro se trataba de Fezmix, el más ruidoso) y luego sonó un *ring* metálico que hizo que V-18 diese un grito, sobresaltado.

–¡Qué innecesario! –se quejó el droide.

–¡DEBO VER EL TODO POR EL TODO! –bramó Ram al tiempo que las piezas del *speeder* caían bruscamente al suelo. Solo hubo un engranaje que no dejaba de rodar haciendo un círculo irritante y mareante después de que todo lo demás se hubiera estabilizado.

Al alzar la vista, se encontró con siete pares de ojos almendrados y uno electrónico y brillante mirándolo.

–Ay, madre... –murmuró V-18.

Ram suspiró y la última pieza aterrizó con un ¡clank!

Los bonbraks enseguida retomaron sus discusiones. Ram metió las piernas en el asiento del piloto y se frotó los

ojos.

–¿Qué pasa, Uve-Dieciocho?

El droide llevaba muchísimos años alrededor de la Fuerza, y se notaba. Su cabeza se elevaba por encima de la de todo el mundo como si fuera una ridícula caja oxidada de piernas cortas. Ram había tenido que pintarlo de un llamativo color lila porque la gente no paraba de cargarlo en las naves por accidente cuando estaba en hibernación, pues lo confundían con cargamento. Un único ojo central escrutaba los flancos y a veces parpadeaba, lo que indicaba impaciencia o un defecto en la programación..., Ram nunca estaba seguro.

–Los maestros Kunpar y Lege están en una comprobación rutinaria en el lago –anunció V-18.

–Vale, ¿y?

–Y los maestros Devo y Shonnatrucks están recibiendo a las nuevas fuerzas de seguridad que la República ha mandado para la feria.

–Uve-Dieciocho...

–Y los demás padawan están con ellos.

–Uve-Dieciocho, ¿por qué me estás diciendo dónde están todos los Jedi valorianos?

–Porque la torre de comunicaciones está fallando.

La torre de comunicaciones estaba a las afueras de la ciudad de Lonisa, en las profundidades del bosque Farodín, sobre una montaña que algunos temerarios habían llamado Pico Crashpoint. Y pronto anoecería.

–Entonces será mejor que le eche un vistazo.

–¡No!

–¿Por qué no? –dijo Ram, sorprendido.

–Porque hay un asunto más urgente –replicó el droide.

–¿Vas a hacer que te noquee para acceder a tu base de datos y averiguarlo por mí mismo o me lo vas a decir de una vez?

–¡Mi base de...! No hay ninguna necesidad de...

–¡Uve-Dieciocho!

–Se ha activado una alerta en el perímetro de seguridad de la torre de comunicaciones.

Ram abrió unos ojos como platos. Atravesar el perímetro tampoco era para tanto..., probablemente se tratase de algún animal del bosque. Pero, con los ataques de los nihil en el Borde Exterior y la feria a punto de dar comienzo, todo el mundo estaba en alerta máxima, así que los Jedi habían recibido instrucciones para priorizar cualquier detalle relacionado con la seguridad.

–¿Y? ¿Has alertado a los maestros?

V-18 sacudió su cabeza cuadrada y parpadeó de un modo molesto... En esa ocasión, Ram estaba seguro de que era a propósito.

–¡Te lo acabo de decir! ¡Las comunicaciones están fallando! ¡Pero bueno, chico...!

–Así que hay un incidente en la torre de comunicaciones y las comunicaciones no funcionan. Y... ¿por qué no me has dicho todo esto primero?

–No quería que nadie resultara herido.

Ram no tenía tiempo de ponerse a discutir las razones por las que esa respuesta no tenía sentido.

–¡Tenemos que salir de aquí! ¿Cuándo ha ocurrido?

–¡Hace una hora! –anunció V-18, triunfal.

–¡Pues hemos de irnos ya! Tenemos que...

Se dio la vuelta, dispuesto a saltar sobre su moto *speeder*, pero entonces recordó que estaba hecha trizas en el suelo del garaje y que él no estaba autorizado para usar ninguno de los transportes grandes. Pero caminar le llevaría demasiado tiempo... Nunca llegarían antes de que anocheciera, y lo que hubiera violado la seguridad de la zona, y posiblemente dañado la torre de comunicaciones, tendría tiempo de sobra para marcharse. Lo cual podía ser bueno, porque así él no tendría que enfrentarse a ello y, quizá, luchar. Ram odiaba pelear. Bueno, en realidad nunca lo había hecho, pero aborrecía la idea. Era como si su cuerpo se negara a cooperar, incluso en las prácticas de

combate. «Entrenamiento con la espada láser» y «Maniobras generales de combate Jedi» eran las clases que peor se le daban, y la mera ocurrencia de enfrentarse cara a cara con un enemigo le ponía nervioso.

Pero no importaba. Era un padawan y, al parecer, el único disponible para lidiar con aquel asunto. Era su deber, por mucho que hubiera preferido pasar el resto de la noche trasteando con sus cosas. Eso significaba que tenía que salir de allí tan pronto como pudiera. Miró a V-18.

—Según el protocolo, primero tengo que comprobar dónde están los maestros Jedi —continuó diciendo el droide—, ¡pero los salones y el templo estaban vacíos! Luego, intenté localizarles con los comunicadores, pero... ¿Por qué me miras así?

Una idea empezaba a tomar forma en la mente de Ram y, una vez dentro de su cabeza le era difícil pensar en otra cosa. Con toda probabilidad, estaba mirando al droide con cierto aire escalofriante, pero lo que en realidad le interesaba era determinar cómo podía encajar algunas piezas en su aparatoso cuerpo.

—¿Tus piernas son retráctiles?

Ram se fijó en una unidad de propulsión que había cogido de la pila de desechos de un viejo piloto y que, de no ser por eso, habría terminado en la basura. Siete pares de ojos diminutos siguieron la dirección de su mirada.

—Debes saber que este físico ágil pero robusto es capaz de innumerables e impredecibles...

—¿Son retráctiles?

Ram les dirigió una mirada significativa a los bonbraks, que ya habían empezado a colocarse en posición en torno a V-18. Se alegraba de que ya reconocieran su cara de estar a *punto de pasar a la acción*.

—¡Pues claro! No hace falta que...

—¿Cómo te sentaría mejorar tu movilidad?

—Bueno, no termino de ver cómo podrías mejorar esta inigualable figu...

–¡Uve-Dieciocho!

–Bueno, en realidad sí, quizá no esté mal una mejora – admitió el droide.

–¡Pues vamos allá! –exclamó Ram.

Con sus agudos grititos, los bonbraks se abalanzaron sobre él.

–¿Qué está pasando? –gimió V-18–. ¡Soltadme, maledantes enanos! ¡Estáis poniendo vuestros grasientos dedos en mi delicada complexión!

–No tardarán mucho –le aseguró Ram.

Y así fue. V-18 se entusiasmó en cuanto se dio cuenta de lo buena que iba a ser la mejora e incluso intentó ayudar. Mientras los bonbraks se ocupaban de los cables y los fusibles, Ram fijó el propulsor a V-18 y le adhirió una silla de montar con pedales para controlar la aceleración. No había tiempo de añadir frenos, pero ¿acaso los necesitaba? Vale, acabaría necesiéndolos en algún momento, pero de eso tendría que ocuparse más tarde. De momento, la desaceleración sería suficiente.

Le dirigió una mirada anhelante a los restos del *speeder* y se apoyó en uno de los pedales para encaramarse a V-18. El asiento que habían añadido era bastante cómodo y el manillar estaba a la altura perfecta. Ram activó el motor y salieron escopeteados por la puerta, entre vítores de los bonbraks.

–¡Pues esto es bastante divertido! –gritó V-18 por encima del viento silbante mientras sobrevolaban a toda velocidad las chozas de las afueras de la ciudad de Lonisa en dirección al Bosque Farodin.

–Supuse que te gustaría –dijo Ram–. La pregunta es: ¿podemos ir más deprisa?

–No estoy seguro, eso es...

Ram apretó el acelerador al máximo y V-18 se tambaleó, pasando como un destello por encima de los altísimos árboles *acthorn* y esquivando una colina y un terraplén.

–¡Yuuuuuuuuuu! –gritó Ram.

Cuando llegaron a la ladera en la que se encontraba Torre Crashpoint, el sol empezaba a ocultarse tras las nubes de una cordillera lejana. Ram soltó el acelerador. Algo se movía en el prado frente a ellos: una figura que pasó de estar agachada a ponerse de pie. Justo entonces, alzó un largo cilindro. Ram abrió mucho los ojos, giró con brusquedad y aceleró justo cuando el primer disparo de cañón impactaba contra los árboles que había tras ellos.

–¡Halaaaa! –dijo V-18. Otro disparo pasó sobre sus cabezas–. ¿Y ahora qué hacemos?

Ram se arrastró junto con el droide hasta la parte trasera de una montaña de rocas y se puso en suspensión. Ya no había disparos, pero podía oírse el rugido furioso de los motores de un *speeder*. En lo alto, más allá de las ramas y las hojas, unas lucecitas titilaban en el oscuro firmamento.

–Van a ir a por ello –susurró Ram–. Van a regresar a la nave que los ha traído hasta aquí.

Que estuvieran más interesados en escapar que en acabar con Ram significaba que lo que ocultaban era valioso, sin duda. Y eso quería decir...

–Espero que no se te ocurra... –empezó a decir V-18 al tiempo que Ram activaba el motor.

–¡Tenemos que detenerlos!

Capítulo Dos

La galaxia giraba alrededor de Lula Talisola en un despliegue de luces y colores salvaje y continuo. Era algo bello que parecía moverse con ella; ella formaba parte de la galaxia y la galaxia formaba parte de ella.

—¿Lula?

¿Quién la molestaba en un momento como aquel? Con todas aquellas estrellas y galaxias fluyendo...

Algo le dio un golpecito en el hombro.

—¡Lula!

Era la voz de Zeen.

—¿Mrrgg?

—Ya casi hemos llegado —dijo Zeen.

—¿Adónde?

—¡A Trymant IV!

Lula se incorporó, parpadeando. Estaba en su cama, en la litera de los padawan del *Star Hopper*. Llevaba el tocado sedoso en la cabeza y estaba rodeada por el olor familiar y rancio de dormir mezclado con el olor corporal de varios seres.

Trymant IV era el planeta natal de Zeen. Y estaban a punto de llegar. Era la primera vez que volvía desde que una nave había salido repentinamente del hiperespacio unos meses antes y había estado a punto de destruir todo el planeta. Zeen le había salvado la vida a Lula y a todos sus amigos aquel día. Y lo había hecho invocando a la Fuerza, a pesar de ser una ciudadana normal, y no una padawan como Lula. De hecho, Zeen había sido educada para no confiar en los Jedi. Había ocultado su sensibilidad hacia la Fuerza a todo el mundo hasta que unos escombros en llamas casi aplastaron a Lula y a sus amigos Farza-